



Alrededor de Javier de Bengoechea

Javier de Bengoechea, que está entre los mejores poetas vascos de los que hoy escriben en castellano, es nuestro discreto. Pero no en el sentido superficial, y yo diría que burgués, del término -ha estado discreto, se comporté discretamente-, sino en el más profundo y clásico, a la manera en que lo emplea Gracián; el hombre del equilibrio, que no el equilibrista, que sabe conjugar naturaleza y arte, ingenio y vida. Pues Javier, cuya única indiscreción es la poesía, es uno de esos bilbaínos liberales, cuasilenciosos y no banderizos que responden a la auténtica imagen de nuestra Villa, mucho mejor que esa vocinglería seudoboquera que intenta representarla. Para él, arraigado y abierto, habitante de la ría y de cualquier océano ecuménico, pensar en mestizarse.

*Vivo en una recatada/ Bilbao interior, sitiada/ por el vasco neanderthal.//
Mi sitio es del artista/ con un abuelo carlista/ y otro abuelo liberal.*

Amigo del silencio y lejos de toda cofradía, no busca el aplauso fácil de las tertulias, ni utiliza la trompeta y el tambor para hacerse oír. Es de la misma raza que Antonio Gamoneda, faro poético recluido en su León del alma, y Pierre Reverdy, quién pasó la última etapa de su vida junto a la Abadía de Solesmes, adelgazando cada vez más su pura voz.

Estos, y no muchos más, son como testigos del silencio, ese silencio que grita entre un cuarteto y otro, entre un terceto y el que le sigue, como habla entre los tiempos de una sonata musical.

Se dice del refinamiento de nuestro poeta, lo cual no es ningún “handicap”. Pero ese refinamiento no le ha impedido ser el poeta civil de “Fiesta Nacional”, en donde, bajo las figuras míticas del toro y de la Plaza, se configura el antidiálogo de las dos Españas y se revela, con mirada límpida, una melancólica fotografía sobre nuestra guerra civil:

Amarás a tu patria/ como a ti mismo, mandan/ ¿Ignora ese mandato/ lo poco que me amo?// Guerra civil la mía./ No habrá paz mientras viva./ Sólo cuando me muera/ volveré de la guerra.



Y, tratándose de un poeta que busca, ante todo pero no solamente, la belleza, toquemos el vidrioso capítulo del asunto o los asuntos de la poesía. El lince que era Heinrich Heine advirtió que llegarían tiempos en los que se alzaría una ira democrática contra la poesía del amor y contra la rosa, y que se obligaría a cantar a la patata. Cien años después un antólogo excluyó a Juan Ramón Jiménez de su antología poética, quizá por haber cantado a un mirlo feliz. Aunque hoy parece que las cosas han vuelto a su cauce, cauce en el que pueden navegar, sin traumas, la melancolía de Keats y la “Todesfuge” de Celan. Porque ¿no es la poesía una hazaña de la libertad?. Dentro de esa libertad escribe y poetiza Javier.

No quiero insistir en algunos aspectos de su poesía sobre los que se ha escrito, no con la profusión que merece, y yo mismo he escrito. Pero no puedo olvidar su maestría en el soneto. Volvemos y revolvemos sobre el soneto, del que tanto Javier como Blas de Otero han producido maravillas, echando por tierra el tópico de la dureza expresiva de los poetas vascos.



Un atrevido consejo: El que esto escribe, simple lector, aunque furibundo y no maestro ni en arte ni en literatura, recomendaría a los pintores que entrasen en ese fascinante museo que es “Pinturas y Escrituras” y ante “Las Lanzas”, de Velázquez, escuchasen al poeta confesar:

Amo a mi patria moderamente/ que solo así es posible tomar Breda,/ tan velazqueña y elegantemente, contemplasen la botella de anís en los bodegones de Juan Gris, y se bañasen en la piscina de David Hockney.

Dante Gabriel Rossetti, pintor y poeta, cuyas raíces italianas llegaban por un lado hasta Cimabué y por el otro hasta el “dolce stil nuovo” y Giacomo de Lentino, escribió que:

“A Sonnet is a moment’s monument”.

Y Blas de Otero nos dijo:

“El soneto es el rey de los decires”

Bajo este título y como homenaje a su amigo, escribió Javier el que a continuación transcribo, tallado con delectación de orfebre y que Lope no hubiese desdeñado:

Hay sonetos que son como un diamante./ Así eran los de Blas. Ensimismado/ me los daba a leer. De lado a lado/ la luz los transformaba lacerante.// Con catorce reflejos es bastante/ para quedar por siempre iluminado./ La forma del soneto me ha ganado/ y esa es la forma en que seguí adelante.// Aprendiz de joyero, me someto/ al oficio admirable y preferido./ Cuando el soneto está casi completo/ me lo llevo, melómano, al oído./ Afino sus palabras. Y el soneto/ ya está tallado para ser leído.

